



UNA EXTRAÑA IDEA DE NACIÓN

Como si se tratara de seguir la legendaria pista de Eldorado, la búsqueda de los rasgos de identidad cultural de Colombia, llevan de una sorpresa a otra, en un sinfín de imágenes, colores, sonidos y sensaciones que terminan por abrumar al visitante y ponen en aprietos el concepto unificante de Nación. Sorprende en primer término la diversidad racial de los colombianos, pues a diferencia de otros pueblos latinoamericanos, en este país no hay un grupo étnico mayoritario o predominante y además las razas están infinitamente mezcladas para dar como resultado una nación multirracial y pluriétnica orgullosa de su diversidad y de su "pueblo de todos los colores".



Eso de suyo define la diversidad cultural de esta gente que no acaba de sorprender en otras latitudes, donde no se puede entender cómo es posible que un mulato costeño lleno de sabor africano, con ese acento más cercano a Cuba que a los Andes, como el beisbolista Edgar Rentería, sea del mismo país que Manuel Iles Guaitarilla, un campesino indígena de Túquerres (Nariño) que yo tomé por boliviano, y que no puede ocultar en sus ojos rasgados y su acento andino, la herencia pretérita de los incas. Cómo entender que cuando habla de “vos”, obvia algunas letras y define todo con las más elementales palabras, el “parcero” Juanes, es tan auténticamente colombiano como el profesor José Miguel Pardo, un pelirrojo bogotano que pronuncia perfecta y diferenciadamente 22 consonantes sin ningún acento y que desafía a la Real Academia Española, asegurando que en la capital colombiana se habla el mejor español del mundo? Eso solo se explica cuando uno constata que el Taita Querubín Queta, un respetado médico indígena de la etnia Cofán (Putumayo), agita la misma bandera tricolor que Luciana Alzate, una preciosa rubia manizalita de ojos intensamente azules y de seis años de edad, que conocí en una de las tantas marchas que se hacen en Colombia.

Pero si la gente es sorprendente, la música típica sí confirma que éste es un país extrañamente unido por las diferencias. En un mismo territorio conviven ritmos afrolatinos como la cumbia de Totó la Momposina, el vallenato de Rafael Escalona, y la salsa de Jairo Varela (ambos ya lamentablemente desaparecidos), con aires andinos como los bambucos y pasillos de Jorge Jiménez, los huaynos de Carlos Villota, (un músico pastuso que canta con una nostalgia fría y cercana al desconsuelo), y los alegres joropos del “Cholo” Valderrama, que se pierden en la interminable llanura que confunde a Colombia con Venezuela. Y salvo la inmensa riqueza y variedad de la cocina mejicana, no hay forma de unificar gustos en Colombia, donde cada región se jacta del mejor sabor. Se requiere mucho valor y buen apetito para dar cuenta de la variedad y cantidad de ingredientes de una bandeja paisa, pero también hay que prepararse para acometer un sancocho de sábalo con cucayo y esa limonada amarilla de Cartagena, o degustar un buen ajíaco santafereño con guascas y alcaparras. Cómo mantener una figura o al menos la buena intención, si se tiene al frente un humeante tamal tolimense con chocolate aliñado y pan mariquiteño, un filete de mamona llanera o si uno es mujer arriesgada, un crujiente cuy a las brasas? La lista no termina, pero luego de probar la sopa de guineo y el plátano maduro frito, yo terminé por sucumbir ante el apasionado sabor del jugo de guanábana.

Esta gran riqueza cultural es producto del profundo mestizaje que ha vivido

Colombia a lo largo de los siglos y que lo han hecho un pueblo de sensaciones intensas y reacciones extremas; un pueblo que ha sufrido como pocos en el mundo la crueldad de la guerra, que ha soportado la guerrilla más antigua, los narcotraficantes más crueles y los mercenarios más atroces del mundo, celebra ininterrumpidamente fiestas, carnavales, reinados, ferias y festivales tradicionales cada fin de semana en un lugar diferente, en una interminable agenda de música, baile, comida y bebidas que mantienen viva la alegría de este pueblo de risa fácil y lágrimas furtivas.

Pero nuestra idea era exaltar el arte indígena y de eso se han ocupado las páginas de esta edición, presidida por la majestuosidad de ese cacique tairona de oro macizo en la portada, y bellamente decorada con las molas kuna, la cestería wounaan, la orfebrería quimbaya, la estatuaria agustiniana, los tejidos kamsá, los aviones tayrona, las mochilas wayuú, y todo el oro precolombino que mantiene viva la leyenda de Eldorado. Y es que sólo una leyenda como esa, que habla de una lejana tierra donde había palacios con columnas, paredes y techumbres de lámina de oro macizo, podía empujar a los españoles a emprender sucesivas y extenuantes expediciones a desiertos ignotos, pantanos sin regreso y selvas infestadas de plagas y tribus caníbales. La sola imagen alucinante de esa balsa atiborrada de ofrendas de oro, con aquel cacique cubierto de oro en polvo y esmeraldas, que se lanzaba cada año a las heladas aguas de una laguna sagrada, despertó la infinita codicia de las tropas ibéricas, pues la idea de que allá había tanto oro que no podrían terminar de llevarlo a España, desveló cada noche a los españoles, que terminaron muriendo por miles, víctimas de las flechas envenenadas con curare, las fieras de la selva, las serpientes venenosas del desierto y las fiebres desconocidas de la inclemente selva.

Durante más de trescientos años, España sacó de Argentina, Chile y Bolivia, las montañas de plata, y de Colombia, Ecuador y Perú, los cientos de toneladas de oro que le convirtieron en la primera potencia mundial en los siglos XVI y XVII, pero nunca encontró el añorado reino de Eldorado. Los pueblos amerindios, víctimas de aquella invasión, se sumieron en la pobreza y el desarraigo, y la transculturación se encargó del resto de la historia que hoy somos, pero a pesar de todo, quedan en la memoria colectiva, los rasgos de aquella grandeza ya varias veces centenaria. Mucho de nuestro oro latinoamericano adorna las salas de los museos europeos, otra parte duerme en los galeones españoles hundidos por los piratas en el fondo del Atlántico, pero otra parte ha sido rescatada del pillaje y está presente para rescatar nuestra dignidad histórica. Esa sensación es la que se experimenta cuando



se abren las puertas del Museo del Oro del Banco de la República, que alberga la colección de oro precolombino más grande del mundo. Miles y miles de piezas de oro, algunas de una perfección digna del siglo XXI, que dan cuenta de la maestría de los antiguos artesanos indígenas de Colombia; miles de joyas que despiertan la vanidad femenina, que emulan la magnificencia de los tesoros de los sátrapas mesopotámicos y que desafían la fastuosidad de las tumbas faraónicas. Pero son latinoamericanas, son nuestro orgullo y están allá en Colombia, a los ojos de todos.

Habría tanto de que hablar, que tomaría mucho tiempo y espacio que no tengo, y quizás por ello, esta nota que estaba dirigida a destacar únicamente el arte indígena, terminó salpicada de varios de los muchos ingredientes que alimentan la extraña amalgama racial y cultural de este pueblo, que tomó el nombre de Colón para construir su propia e inusual idea de Nación; porque Colombia y los colombianos tienen todo de Latinoamérica, pero no se parecen a nadie.

Trelew, Patagonia argentina en el solsticio de verano de 2012.

PATRICIA KENT

